

PRIMEROS PASOS EN EL DESCIFRAMIENTO DEL CUNEIFORME

Rafael Jiménez-Zamudio
Universidad Autónoma de Madrid

Desde comienzos del S. XVI e incluso antes, en mayor o menor grado, se tuvo conocimiento de la existencia de pueblos, reinos e imperios que tuvieron sus asentamientos en el Antiguo Oriente Próximo y que, como por encantamiento, desaparecieron durante un milenio y medio permaneciendo ocultos hasta que la inquieta y solícita actividad y diligencia de algunos viajeros primero y luego hombres de ciencia fueron descubriendo esos mundos perdidos para nuestros ojos¹.

Porque lo cierto era que los conocíamos gracias a los datos que nos suministraban los historiadores de la Antigüedad Clásica y muy especialmente la Biblia. Pero no es mi intención detenerme en este punto pletórico de fantasía y episodios detectivescos sobre los que, sin duda, muchos estudiosos, arqueólogos e historiadores podrían versar con más competencia y acierto que yo.

Yo quería atraer la atención sobre un pequeño capítulo de la historia de los descubrimientos del Antiguo Oriente Próximo, un capítulo que, en un principio, no consiguió el fastuoso éxito que acaparaban los palacios, las estatuas y todos aquellos objetos artísticos que eran descubiertos y que tenían embelesado a todo el mundo occidental. Me estoy refiriendo a la escritura, o mejor, a los textos escritos que iban descubriéndose a la vez que los monumentos. Sobre arcilla, piedra y otros elementos no perecederos se arracimaban signos incomprensibles bajo los cuales debía hallarse la lengua, el alma parlante de aquellas civilizaciones de nuevo resucitadas.

Ante un palacio, ante una tumba, ante una escultura o cualquier obra de arte podemos formular conjeturas, describir con mayor o menor acierto aquello que tenemos ante nosotros; pero ante un texto escrito e incomprensible, o mejor, ilegible sólo podemos asistir a un reto, el reto que nos ofrece su desciframiento, el reto del desciframiento de unos textos sumamente complejos.

Cuando en 1618, en Persépolis, la capital de Darío y de los reyes persas de la dinastía aqueménida, el embajador español en Persia, García Silva Figueroa identificó las impresionantes ruinas cerca de Shiraz, guiándose por las informaciones que le suministraban los autores griegos y romanos antiguos, pudo también contemplar ensimismado las misteriosas inscripciones que había en las ruinas exquisitamente talladas en jaspe negro. No pudo menos de manifestar su perplejidad, pero señalando ya sus formas triangulares, piramidales o de obelisco en miniatura, y sugiriendo que se trataba de combinaciones a partir de elementos más sencillos.

La primera inscripción cuneiforme fue publicada en el año 1657 y a diferencia de lo que sucedió con los jeroglíficos egipcios, apenas despertó curiosidad alguna en la comunidad científica. La gran mayoría de eruditos creyó que se trataba de simples elementos ornamentales e incluso alguno llegó a manifestar que eran el resultado de las pisadas de pájaros cuando la arcilla aún permanecía fresca.

Thomas Hyde, un profesor de Hebreo y Árabe de la Universidad de Oxford, sugirió que estos signos podrían ser el experimento de un arquitecto de Persépolis cuyo fin era observar cuántas configuraciones geométricas distintas podrían crearse a partir de un solo elemento. Según este erudito difícilmente podría tratarse de una escritura ya que los mismos caracteres no parecían repetirse nunca. Hyde acuñó para estos signos el

¹ Una visión general y sencilla puede verse en la obra de Jean-Bottéro et Marie Joseph Stève, *Il était une fois la Mésopotamie*, Paris 1994, p. 13 y ss. Asimismo pueden consultarse Jean Claude Margueron, *Los Mesopotamios* (trad. española), Madrid 1996, pp. 35-41 y Josef Klima, *Sociedad y Cultura en la Antigua Mesopotamia* (trad. española), Madrid 1989, pp. 63-65.

término “cuneiforme” o más exactamente *ductuli pyramidales seu cuneiformes*, aunque el primero en observar este detalle fue, como ya hemos dicho, el embajador español García Silva Figueroa.

Sin embargo, Hyde se equivocaba porque los signos sí se repetían. Las copias que leyó Hyde debieron ser poco numerosas y defectuosas.

En 1686 un médico llamado E. Kämpfer visitó Persépolis y como fruto de su visita publicó en 1712 copias de mejor calidad. Este erudito observó algo de enorme importancia: las inscripciones que con sumo cuidado iba copiando debían pertenecer a diversos tipos de escritura ya que ciertos signos sólo pertenecían a ciertas inscripciones.

En la primera mitad del XVIII hubo muchos visitantes que publicaron inscripciones, pero no aportaron nada hasta que en 1770 Carsten Niebuhr, un viajero danés, observó que muchas inscripciones estaban repetidas, lo que le permitió emprender un estudio comparativo. Observó que los renglones, en su tramo final, no coincidían, lo que le indujo a pensar que la escritura tenía una dirección de izquierda a derecha (al contrario que la escritura árabe y hebrea). Otra observación, fruto de su diligentísima comparación, fue que había, al menos, tres escrituras distintas y a partir de ese momento Niebuhr comenzó a aislar los signos más sencillos y repetidos. Pero evidentemente la labor de este erudito no era más que una descripción; todavía no había comenzado la labor de desciframiento. Sin embargo, la tarea emprendida por Niebuhr fue la primera piedra del edificio del desciframiento. Sus primeras sugerencias, sus primeros atisbos y sus copias constituyeron la base del desciframiento².

Gráfico nº 1



Fragmento de inscripción copiada por Niebuhr.

Esta breve contribución mía sólo aspira a ser un modesto homenaje a la persona que teniendo en sus manos las copias de Niebuhr se propuso descifrar la escritura cuneiforme sin ser un orientalista, ni un hombre célebre, ni un erudito. Se trataba de un sencillo profesor que enseñaba Gramática en Gotinga. Era un hombre formado en la cultura clásica, conocedor del Latín, el Griego y la Historia de Grecia y Roma. Pero no era en absoluto un experto en el mundo oriental. Este hombre se llamaba Georg Friedrich Grotefend, un hombre que con una intuición genial fue el primero que dio los primeros

² Los informes sobre los viajes y observaciones de Carsten Niebuhr se hallan en el segundo volumen de su *Reisebericht von Arabien und anderen umliegenden Ländern* publicado en Copenhague en 1788.

pasos decisivos en el desciframiento de la escritura cuneiforme dando conocimiento de ello en 1803 a la Real Sociedad de Ciencias de la Universidad de Gotinga en una monografía escrita en latín de unas cuarenta páginas con el título de *Praevia de cuneatis, quas dicunt, inscriptionibus persepolitianis legendis et explicandis relatio*³.

En estas breves líneas yo querría, en compañía del lector, tratar de volver a andar por esa senda que él recorrió tan genialmente⁴:

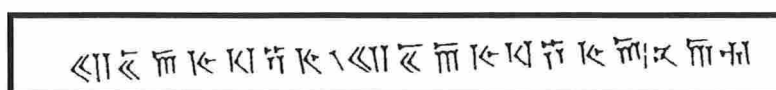
De las tres escrituras de las que hemos hablado anteriormente, Grotefend había observado que en algunas inscripciones estas escrituras se hallaban en columnas paralelas sobre un mismo documento, lo que supondría que muy probablemente se trataba de un mismo texto en tres lenguas distintas. Por consiguiente distinguió provisionalmente una *Prima scriptura* (I), una *Secunda scriptura* (II) y una *Tertia scriptura* (III). De estas tres, en la primera ya Niebuhr había reconocido su carácter alfabético⁵ y a ella dedicó Grotefend su investigación

En un primer momento observó que algunas cuñas en ángulo oblicuo y repetidas debían ser separadores de palabras y dado el número de signos entre estas cuñas de separación, era obvio que la escritura debía ser alfabética⁶. Y aunque luego se supo que esta apreciación no era del todo correcta, la observación de Grotefend iba en buena dirección.

Era probable que hubiese alguna fórmula real en estas inscripciones que dijese algo así como: “X (gran) rey, rey de reyes”...ya que este tipo de fórmula se había descubierto en inscripciones persas muy posteriores de los reyes Pahlavi. Más aún, esta fórmula debería incluir el linaje real, como por ejemplo “X (gran) rey, rey de reyes, hijo de Y”...

Grotefend, como ya había hecho Friedrich Münter⁷, otro estudioso danés de la escritura cuneiforme, partía de una conjetura que al final resultó acertada, a saber, que las inscripciones de los monumentos habían sido hechas por los constructores de los palacios en donde habían sido halladas, los reyes aqueménidas. Además había un grupo recurrente de signos que ya Münter había supuesto como el título de “rey de reyes” muy conocido en la época sasánida:

Gráfico n° 2



ha-ša-a-ya-tha-i-ya / ha-ša-a-ya-tha-i-ya-a-na-ma

Grotefend pensó entonces que el nombre del rey debería preceder a este título. A continuación concentró toda su atención sobre dos inscripciones distintas y aunque había algunos signos diferentes observó que muchos de ellos eran iguales.

³ Para una valoración de este sabio y su aportación al desciframiento de la escritura consúltese Jean Bottéro, *Writing, Reasoning and the Gods*, (trad. inglesa) Chicago 1995, pp. 55-58.

⁴ Sería una pequeña excursión por la mente de Grotefend en su intento de descifrar el cuneiforme.

⁵ Grotefend había observado que el número de signos susceptibles de ser aislados era muchísimo menor que en los otros dos tipos de escritura.

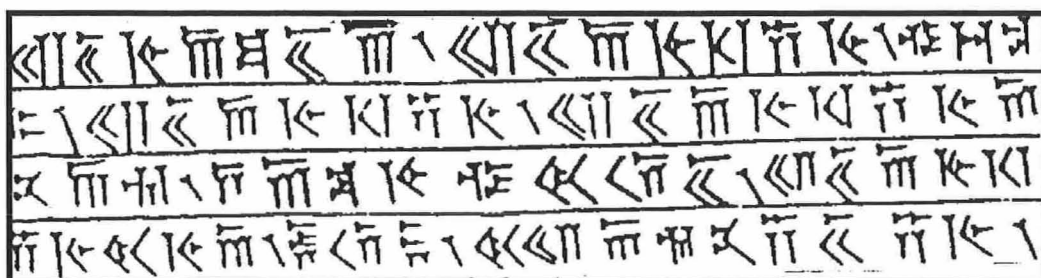
⁶ Véase el gráfico n° 1.

⁷ Este sabio danés había publicado en Copenhague en 1802 una interesante trabajo titulado *Versuch über die keilförmigen Inschriften zu Persepolis*. Para más datos cf. Johannes Friedrich, *Entzifferung verschollener Schriften und Sprachen*, Berlin, Göttingen, Heidelberg 1954, pp.45 y ss.

Observemos dos fragmentos de estas inscripciones que fueron objeto de su investigación:

Inscripción 1

Gráfico nº 3:

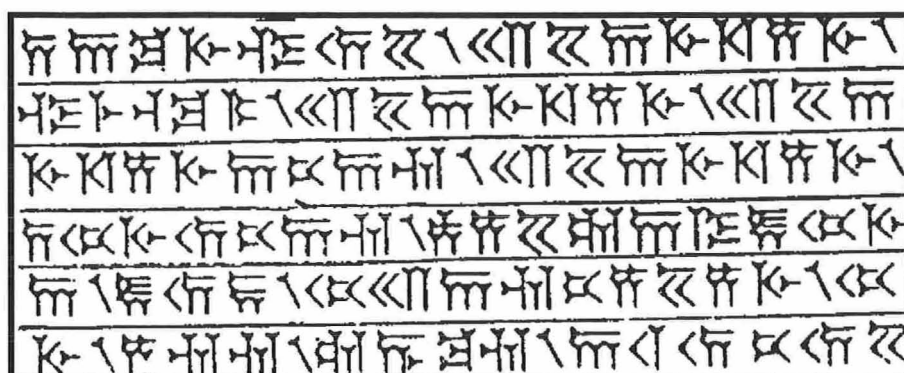


Transliteración⁸: *Ha-ša-ya-a-ra-ša / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya / va-za-ra-ka / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya-a-na-ma / Da-a-ra-ya-va-ha-u-š / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya-h-y-a / pa-u-ça / ha-ḥa-a-ma-na-i-ša-i-ya*

Traducción: “Jerjes, rey poderoso, rey de reyes, hijo de Darío, rey, aqueménida”

Inscripción 2

Gráfico nº 4:



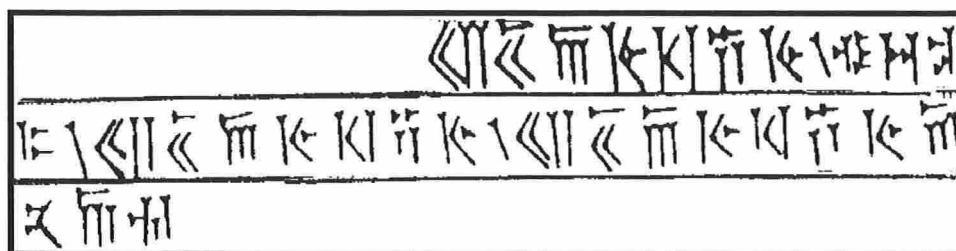
Transliteración: *Da-a-ra-ya-va-u-š / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya / va-za-ra-ka / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya-a-na-ma / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya / da-ha-ya-u-na-a-ma / Vi-i-ša-ta-a-sa-pa-ha-ya-a / pa-u-ça / ha-ḥa-a-ma-na-i-ša-i-ya / ha-ya / i-ma-ma / a-ku-u-na-u-ša*

⁸ El signo oblicuo que va de arriba abajo y de izquierda a derecha es un separador de palabras. Si observamos atentamente este fragmento tenemos ocho signos separadores y nueve palabras.

Traducción: “Darío, rey poderoso, rey de reyes, rey de países, hijo de Histapes, aqueménida, que construyó este palacio”.

En primer lugar observemos cómo en ambas inscripciones después de la primera palabra, fácilmente aislable gracias al signo separador, encontramos una serie de signos constituidos por cuatro palabras que, a su vez, también podemos aislar con la ayuda de los signos separadores. Así nos quedaría la siguiente secuencia:

Gráfico nº 5



que como ya sabemos, transcribiríamos del siguiente modo:

*ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya / va-za-ra-ka / ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya /
ḥa-ša-a-ya-tha-i-ya-a-na-ma*

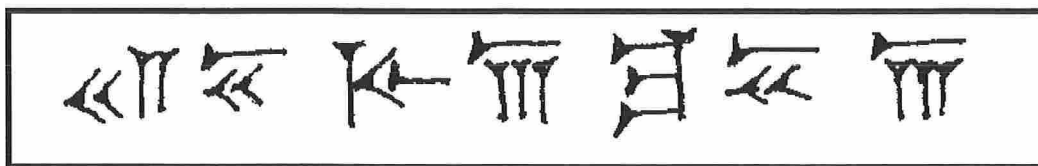
Este fragmento que, como ya se había supuesto, constituía una titulación real, en nuestro caso, “rey poderoso, rey de reyes” iba precedido por un conjunto de signos que reproducían una palabra. Y esta palabra, sin duda, debía ser el nombre de un rey⁹. La cuestión era saber de qué reyes se trataba en estas inscripciones. Grotefend pensó así, pero digámoslo con sus mismas palabras: “Yo estaba enteramente persuadido de que tenía que buscar los nombres de dos reyes pertenecientes a la dinastía de los aqueménidas, apoyándome en la autoridad de los historiadores griegos que fueron contemporáneos suyos. Así, empecé a examinar la serie de reyes y a comprobar qué nombres se adaptaban mejor a las inscripciones. No parecía que ni Ciro ni Cambises se acomodasen correctamente ya que ambos nombres no tenían la misma letra ni tampoco Ciro y Artajerjes ya que el primero era demasiado corto respecto al segundo. Sólo quedaban Darío y Jerjes ya que ambos se acomodaban mejor a los signos. A esto debía añadirse el hecho de que el padre de uno de ellos y abuelo del otro no iba acompañado de la titulación “gran rey”, es decir, que no fue rey. El camino estaba recorrido. Se trataba de Histapes, el padre de Darío y abuelo de Jerjes, el cual no fue rey.

Por tanto la primera inscripción celebraría las hazañas de Jerjes, hijo de Darío y la segunda, las de Darío, hijo de Histapes. Ahora bien, Grotefend, con buen criterio pensó que los nombres de estos personajes que aparecían en la inscripción, no serían “Jerjes”, “Darío” ni “Histapes” que eran sencillamente unas adaptaciones del griego y que únicamente le sirvieron para tantear su propuesta. En otras palabras, ¿qué nombres recibían en su propia lengua estos personajes? Grotefend consultó fuentes griegas, hebreas y avésticas o zoroástricas, presuponiendo que éstas últimas serían las más plausibles.

Así en la primera de las inscripciones que hemos propuesto vemos:

⁹ En la primera inscripción se trataba de Jerjes y en la segunda, de Darío.

Gráfico nº 6:



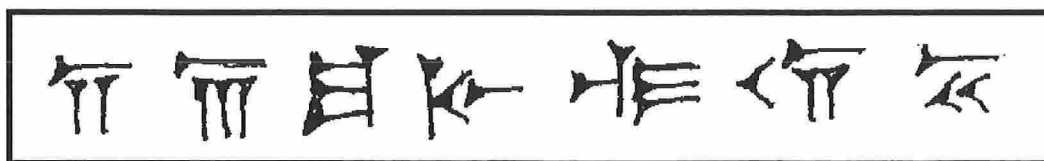
Grotenfend transcribió esta secuencia como *Kh-sh-h-e-r-sh-e*, pero hoy día sabemos que la lectura correcta es *Ḫša-y-a-r-š-a*.

En esta inscripción después del nombre del rey aparecería, como hemos visto anteriormente, la titulación real y a continuación nos encontraríamos con otro nombre de persona, concretamente *Da-a-ra-ya-va-ha-u-š* seguido, a su vez de la titulación real ya abreviada *ḫa-ša-a-ya-tha-i-ya-h-y-a* que como genitivo regido por la palabra siguiente *pa-u-ça* “hijo”, nos señalaba el nombre del padre, es decir, Jerjes, rey, era hijo de Darío el cual a su vez también fue rey.

En la segunda inscripción el esquema era idéntico, a saber:

En primer lugar tendríamos el nombre del rey:

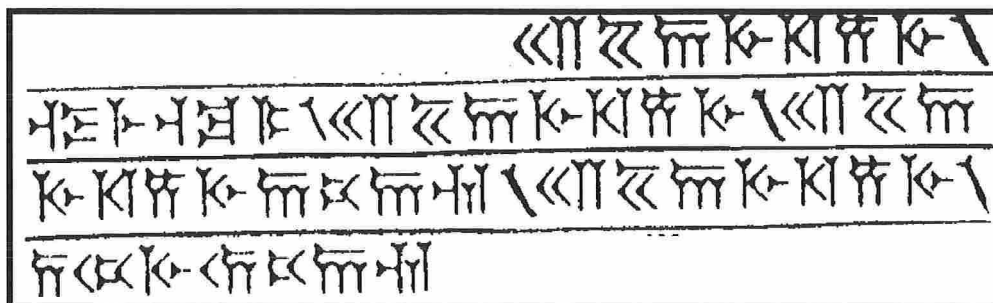
Gráfico nº 7:



que Grotefend leyó *D-a-r-h-e-u-sh* y que hoy día leemos *Da-a-ra-ya-va-u-š*.

Este nombre personal iba inmediatamente seguido de la titulación real completa, exactamente igual que vimos en la inscripción anterior:

Gráfico nº 8:



ḫa-ša-a-ya-tha-i-ya / va-za-ra-ka / ḫa-ša-a-ya-tha-i-ya / ḫa-ša-a-ya-tha-i-ya-a-na-ma / ḫa-ša-a-ya-tha-i-ya / da-ha-ya-u-na-a-ma /¹⁰ y seguidamente aparecía otro nombre de persona:

¹⁰ En esta titulación se añade otro rasgo de poderío, a saber, la realeza de los países.

Gráfico nº 9:



Que Grotefend, paritiendo de la ortografía avéstica leyó como *G-o-sh-t-a-s-p*, pero hoy día leído *Vi-i-ša-ta-a-sa-pa-ḥa-ya*. Este antropónimo aparecía en caso genitivo; pero a diferencia de lo que sucedía con Darío en la primera inscripción, este nombre no iba seguido de la titulación real sino simplemente del apelativo *pa-u-ça* “hijo” que ya vimos en la primera inscripción. A la vista de estos datos Grotefend pudo, a partir de este momento, aislar un buen número de valores alfabéticos de los signos, realizando el bosquejo de un alfabeto del persa antiguo.

Hoy día sabemos que algunos de los valores asignados por Grotefend fueron erróneos, especialmente cuando trató de extender su sistema más allá de los nombres propios ya que la escritura del persa antiguo no es alfabéticamente pura sino parcialmente silábica.

Así pues se habían dado los primeros pasos en el desciframiento del cuneiforme pero sólo en lo que hemos denominado *Prima Scriptura*. Posteriormente numerosos sabios se consagraron al desciframiento de otras escrituras más complejas. Pero esto es ya otra historia.

Esta breve contribución que he presentado de la manera más esquemática y sencilla posible, insisto, quiere ser un pequeño homenaje a la figura de este sabio, un sencillo profesor de Latín, un aficionado carente de títulos académicos a quien, en su tiempo, no se le concedió el debido reconocimiento. Aunque tarde, permítanme el honor de hacerlo yo ahora.